



EUSKAL-ERRIA

CURIOSIDADES HISTÓRICAS REFERENTES A SAN SEBASTIÁN

(SIGLO XVIII)

De un notable informe presentado por el Sr. General Arteché á la R. A. de la Historia acerca del libro que el conocido escritor Mr. Geoffroy de Grandmaison acaba de publicar con el título de «*Un curé d'Autrefois*» (narración de las vicisitudes por que pasó en España el P. Jesuita Vicente María David de Talhouët, nacido en Saint Colomban de Quimperlé el año de 1737, de noble alcurnia Bretona, histórica desde la cruzada de San Luis), tomamos los siguientes párrafos que entrañan sumo interés local:

«Efectivamente, varios de Talhouët habían buscado en nuestro suelo amparo de la persecución que sufrieron á consecuencia

de la trama de Pontcallec, en que se hallaban comprometidos con muchos otros caballeros bretones. Y no sólo fueron acogidos con la benevolencia característica, y, á veces, excesiva de nuestra raza, sino que más adelante se les permitió servir en el ejército español, en el que obtuvieron posiciones ventajosas. Un M. de Bonamour era coronel de Guardias Wallonas cuando fué muerto en la de Bitonto; M. de Boishorand pereció también de coronel en Pisa, y se hallaban empleados en la corte de Felipe V MM. de Lambilly, el caballero de Rohan y su hermano el Conde de Rohan-Pouldu, que llegó á obtener el empleo de brigadier en nuestras tropas.

El P. De Talhouët tenía, pues, motivos para emigrar á España.

Y, con efecto, el 17 de Septiembre de 1792 desembarcaba en San Sebastián con 588 francos por caudal, y alhajas, que aceptó de una hermana suya, algún vestido y libros por todo equipaje.

Por lo que dice el autor del libro, los franceses que De Talhouët halló en la ahora capital de Guipúzcoa, emigrados o proscritos y todo, no se mostraron lo agradecidos que parece debieran estar á la generosa hospitalidad que recibieron de nuestros compatriotas.

Allá va la muestra que, por otra parte, no es sino la del carácter de los franceses, lo mismo en tan precario estado que en los prósperos en que se dejan llevar de su ingénita arrogancia. «Todo allí era ruido, movimiento, agitación, desórden. Plaza fronteriza, aquella pequeña ciudad se encontraba hecha el asilo de los emigrados y proscritos. Las hospederías estaban llenas y las calles obstruidas por una multitud agitada, inactiva y con proyectos á veces descabellados. Se estaba bien como en lugar seguro, pero después del primer sentimiento de satisfacción, después del primer suspiro de desahogo por haber escapado de sus perseguidores, se planteaba una cuestión por todos: ¿Qué hacer? ¿A donde ir?»

«Los sentimientos de la población española no eran tampoco uniformes; un espíritu real de piedad hácia los fugitivos, un respeto sincero á los sacerdotes desterrados se mezclaba frecuentemente con la desconfianza que pueden inspirar los extranjeros *que carecen de dinero y de crédito*. En cualquier país y en todas

las circunstancias el buen humor de nuestros compatriotas rara vez se priva de alguna broma y los dichos picantes se asomaban fácilmente á los labios de los caballeros emigrados, olvidando á la vez su precaria situación y la hospitalidad que recibían de los españoles. Aquellos mezquinos alfilerazos sobre las modas y las costumbres, nuevas para los franceses, producían con frecuencia la paralización de la lástima que los súbditos de Carlos IV parecían dispuestos á demostrarles. Por otra parte, cierto temor hacía cuanto salía del país del jacobinismo contenía á las gentes de Bizcaya, buenos católicos y realistas leales, aun respecto de los que eran sus víctimas y por razón natural sus enemigos.»

«Pero hay que decirlo muy alto en honor del pueblo español y como recuerdo justo de gratitud hácia él: el sentimiento general era el de la caridad cristiana.»

Ya M. de Grandmaison había hecho manifiestos los sentimientos que la presencia de los sacerdotes franceses produjo en San Sebastián, al dar á luz su interesante libro de *L'Ambassade Française en Espagne pendant la Révolution*, publicado hace dos años, en el de 1892. Y aun cuando al comparar aquel escrito con el que estamos ahora examinando, quepa observar alguna ligera contradicción, efecto acaso del acopio posterior de nuevos datos por el autor, no he de privar á la Academia del conocimiento de conceptos tan honrosos para uno uno de nuestros pueblos como los consignados en aquella, ya he dicho que interesante, obra.

«Las naves que iban á San Sebastián tocaban en tierra á la vista de un pueblo inmenso; las aclamaciones saludaban á los sacerdotes católicos y el respeto los acompañaba en todos sus pasos; en las calles, la gente se ponía de rodillas para recibir su bendición; se rechazaba su dinero para ofrecerles todo *por el amor de Dios*. Su llegada había excitado hasta el más alto punto la conmiseración pública.»

Esto, que Grandmaison extracta de un despacho del autorizadísimo Bourgoing, embajador entonces de la Convención en España, es algo y aun bastante distinto de lo que antes he leído respecto á los interesados sentimientos de los habitantes de San Sebastián al recibir á tanto proscrito francés en el estrecho recinto de su ciudad.

En el libro de la Embajada, todo es cordialidad, desprendi-

miento y veneración para con los proscriptos; en este último se atribuye no poco de feo cálculo á nuestros guipuzcoanos en sus arranques político-religiosos.

De modo que al recibimiento hecho en San Sebastián hay que añadir el dispensado á otros 72 sacerdotes. franceses también, en Rivadeo, más que cordial, generosísimo por parte del pueblo y de su capitán general el conde de la Vega, y los agasajos que recibieron todos los emigrados en cuantos puntos de España se presentaron, para arrancar de un compatriota de los así favorecidos la confesión que acabo de comunicar á la Academia, estampada en el último párrafo transcrito del nuevo libro de Grand-maison. De Talhouët, en una de sus cartas. dirigida desde Valladolid en Diciembre de aquel mismo año, se nuestra más justo y hasta entusiasta en ese punto. «Nada, escribe á su hermana Mme. de Feydeau, iguala, como habréis sabido, al buen recibimiento que se nos ha hecho en San Sebastián.»

El P. De Talhouët describe después y en diferentes cartas el país que ha recorrido hasta allí: y lo hace con bastante exactitud aunque, como sucede con frecuencia á los franceses. equivocando algunos nombres propios y de población.

.

El concordato. por fin, de 1801, por más dudas que provocara y por más vacilaciones que impusiese á los sacerdotes tenidos por timoratos y escrupulosos. decidió á la mayor parte á volver á Francia, y De Talhouët fué uno de ellos. «Ha hablado el Papa, escribía el 12 de Junio de 1802, y no hay por qué retroceder ya. No dejan de presentarse al espíritu mil dificultades que salvar. Esperemos todo del que ha permitido los tiempos difíciles por que aún vamos á pasar. Por lo demás, se me dice que mi edad y algunas dolencias (tengo ciertamente algunas) podrán ponerme al abrigo de muchas cosas; así sea.»

Y en los primeros días de Julio se hallaba en San Sebastián para embarcarse con otros cinco sacerdotes en demanda de la Loire, de donde continuaría su jornada al antiguo solar de sus mayores.»